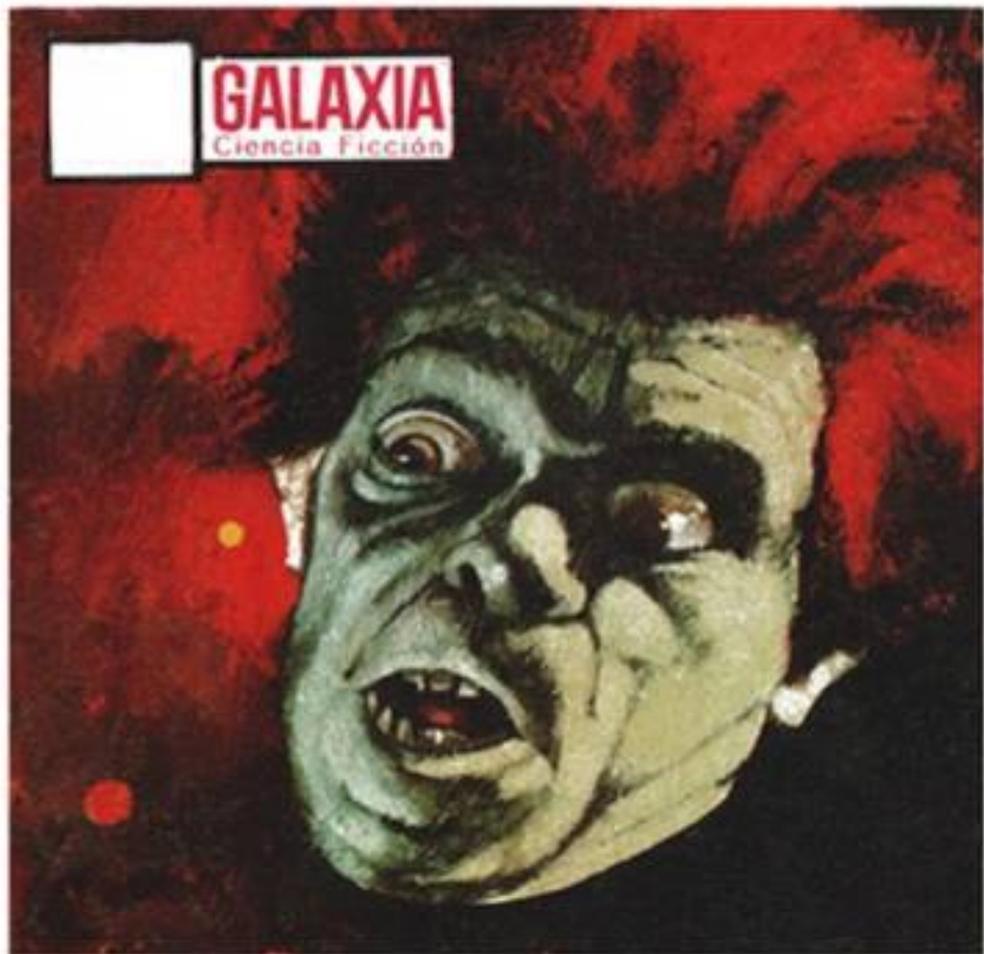


GALAXIA
Ciencia Ficción



LA PIEL DEL
DIABLO

PHILIP J. FARMER

Recopilación de relatos de este autor.

LA PIEL DEL DIABLO

INTRODUCCIÓN

Después de la Guerra Apocalíptica, los diezmados restos de Francia se agruparon en el valle del Loira y se vieron gradualmente oprimidos entre dos nuevas y crecientes naciones. Los Colosos del Norte eran hostiles y, evidentemente, trataban de absorber a la pequeña Nueva Francia. Los Colosos del Sur eran amistosos y ofrecían absorber dentro de su confederación de repúblicas al estado débil con los derechos completos de miembro de la comunidad.

Una cantidad de ciudadanos franceses, orgullosos e independientes, se temió que incluso esta última alternativa significase la transmutación eventual de su lengua, religión y nacionalidad, fundiéndose con las de sus vecinos meridionales. Buscando una manera de salvación, construyeron seis enormes espacionaves que podían albergar a treinta mil personas, la mayor parte de las cuales estarían en una profunda congelación hasta que llegasen a su destino. Los seis navíos luego partieron hacia el espacio interestelar para encontrar un planeta que se pareciera lo más posible a la Tierra.

Eso ocurrió en el siglo XXII. Trescientos cincuenta años pasaron antes de que la Tierra volviera a tener noticias de ellos. Y, sin embargo, aquí no nos interesa el mundo patrio, sino la historia de un hombre de aquel grupo de pioneros que quiso abandonar Nueva Gaul y volver a navegar por entre las estrellas...

CAPÍTULO PRIMERO

Rastignac no tenía piel. Era, sin embargo, más feliz que lo fuera antes desde la edad de cinco años.

Era tan feliz como puede serlo un hombre que vive enterrado profundamente en el suelo. Las organizaciones subterráneas (subterráneas en aquellos mundos eran sinónimo de clandestinas), a menudo se encuentran bajo la superficie del suelo. Están formadas por células o celdas. La celda Número Uno de ordinario alberga al jefe de la clandestinidad.

Jean-Jacques Rastignac, jefe de la Clandestinidad Legal del reino de L'Bawpfey, se encontraba literalmente en una celda bajo la superficie de la Tierra. Estaba en la cárcel.

Para calabozo, no estaba mal. Tenía dos habitaciones. Una estaba hundida muy adentro del adecuado edificio, construida en la pared para que pudiese sentarse en ella cuando quería retirarse del sol o protegerse de la lluvia. La habitación adjunta se hallaba al fondo de un pozo, cuya parte superior estaba tapada con una reja de delgadas barras de acero. Aquí pasaba la mayor parte de sus horas de espera. Obligado a mirar hacia arriba si quería ver el cielo o las estrellas, por lo que Rastignac padecía en cierto modo de una tortícolis crónica.

Recibía visitas varias veces al día. A estos visitantes se les permitía inclinarse sobre la reja y admirarle. Un centinela, uno de los mosqueteros del Rey, estaba plantado cerca como censor.

Al venir la noche, Rastignac cenaba la comida que se le bajaba con cuerdas en una plataforma. Luego, otro de los mosqueteros del Rey se quedaba plantado con la espada desenvainada hasta que acabara de cenar. Cuando retiraban la bandeja y bajaban la reja y la cerraban, el mosquetero se alejaba después de dar la vuelta a la llave.

Rastignac agudizaba su coraje dirigiéndole unos cuantos insultos escogidos especialmente dedicados al vigilante nocturno, luego entraba en la celda interior de la pared y se acostaba para dar una cabezada. Más tarde, solía levantarse y pasear arriba y abajo como un tigre enjaulado. De vez en cuando se detenía y miraba hacia arriba, escrutaba las estrellas, dejaba caer los hombros y reanudaba su frenético circuito de la celda. Pero llegaba el tiempo indudablemente en que se quedaba quieto como una estatua. Nada se movía excepto su cabeza, que giraba despacio.

—Algún día viajaré hasta las estrellas con vosotros.

Lo decía mientras miraba a las Seis Estrellas Volantes que surcaban el cielo nocturno a gran velocidad... seis estrellas brillantes que se movían en dirección opuesta a la marcha de las demás estrellas. Brillantes como Sirius visto desde la Tierra, marchando una tras la otra, como joyas en un collar de terciopelo.

Eran los seis navíos en los que los franceses originales del Valle de Loira navegaron por el espacio, buscando un hogar en un nuevo planeta. Se las colocó en órbita en torno a Nueva Gaul y se las dejó allí mientras los treinta mil pasajeros descendían a la superficie utilizando cohetes de combustible químico. La humanidad, una vez en el suelo fresco y hermoso del planeta nuevo, jamás volvió a ascender para tornar a visitar las grandes naves.

Durante trescientos años, los seis navíos circundaron el planeta conocido como Nueva Gaul siendo rayos nocturnos y recuerdos brillantes para el Hombre que le indicaban que era forastero en este planeta.

Cuando los terrestres tomaron tierra en el nuevo planeta le llamaron Le Beau Pays o, como se pronunciaba ahora: L'Bawpfey... El Bello País. Se mostraron encantados y extasiados con aquella tierra nueva y fresca. Después de haber dejado un planeta patrio asolado por las guerras, aquello era como salir a los cielos, entrar en ellos.

Hallaron dos especies vivas e inteligentes en el planeta y descubrieron que las especies vivían en paz y que no tenían concepto de la guerra ni de la pobreza. Además, se mostraban ansiosas de recibir a los terráqueos dentro de su sociedad.

Es decir, siempre y cuando se integrasen, o, como ellos decían, se naturalizasen. Se les dio a elegir a los franceses de la Tierra. Se les dijo:

—Podéis vivir con la gente de la Tierra Hermosa según nuestras condiciones a guerrear con nosotros o marcharos y buscaros otro planeta.

Los terráqueos conferenciaron. La mitad decidió quedarse, la otra mitad fue partidaria de residir sólo lo suficiente para extraer mineral de uranio y elaborar productos químicos. Luego seguirían su viaje.

Pero nadie de aquel grupo de terrestres volvió a entrar jamás en los cohetes trasbordadores y ascendió hasta los seis navíos de propulsión iónica que orbitaban en torno a Le Beau Pays. Todos sucumbieron a la Filosofía de lo Natural. Al cabo de unas pocas generaciones, un forastero que pusiera pie en el planeta no hubiera sabido, sin información previa, que los terrestres allí existentes eran también forasteros.

Encontraría tres especies. Dos eran ovíparos de sangre caliente que habían evolucionado de manera directa de los reptiles sin convertirse en mamíferos: los Ssassaror y Anfibios. En algún lugar de su oscuro pasado, puesto que al igual que las naciones felices carecían de historia, erigieron su sociedad y desde entonces se mostraron satisfechos de ella.

Era un mundo pacífico y silencioso, muy campesino, en donde nadie tenía que esforzarse para ganarse la vida, y donde una soberbia manipulación de las fuerzas biológicas aseguraba dilatadas existencias, sin enfermedades y una lubricación social que dejaba poco espacio a las ambiciones; dejaba, mejor dicho, poco que desear, por lo menos, desde su punto de vista.

El gobierno, nominalmente, era una monarquía. Los reyes pertenecían a especies distintas al grupo que cada uno gobernaba. El rey Ssassaror regía al humano y viceversa, cada cual ayudado por hermanos y hermanas adoptivos de la raza sobre la que tenía soberanía. Estos se llamaban duques y duquesas.

La Cámara de los Diputados —«L'Syawp Tapfuti»— era semihumana y semiSsassaror. Los llamados reyes se turnaban presidiendo la cámara en intervalos de cuarenta días. Los diputados se elegían para mandatos diaccionales por los miembros constituyentes que no podían decepcionar a sus representantes ni a los pretéritos de éstos, a causa de las Pielas sensitivas que les permitían determinar el valor y la sinceridad de sus sentimientos.

Sólo en una costumbre diferían los extraterrestres de sus vecinos. Era en la de portar armas. Al principio, los Ssassaror permitieron a los hombres llevar sus cortos espadines, para que se sintiesen seguros en medio de los seres extrahumanos.

Al correr el tiempo, sólo los mosqueteros del rey —y miembros de la clandestinidad oficial— tuvieron licencia para llevar espadas. Estos hombres eran aventureros congénitos, Individuos que necesitaban la pelea y la rebelión en nombre del individualismo.

Como los robadores de huevos, precisaban de una institución en la que pudieran dar rienda suelta a su vapor antisocial.

Desde el principio, los anfibios se mostraron algo separados de los Ssassaror y cuando llegaron los terrestres, esta

separación no se redujo lo más mínimo. No obstante, mantenían excelentes relaciones de mucho tiempo atrás y participaban también en la costumbre del Intercambio.

Esta costumbre del Intercambio era otro ingenio social creado milenios atrás para mantener una mutua comprensión entre todas las especies del planeta. Resultaba una institución peculiar, que los terrestres encontraron difícil de comprender e incluso más difícil de adoptar. No obstante, una vez se aceptaron las Pieles cambiaron de actitud, olvidaron sus especulaciones acerca del origen de la costumbre y se lanzaron a la tarea de robar niños... huevos... de otra raza, para educar y criar a las criaturas como si fueran propias.

«Tú me robas el nido: yo te robaré el tuyo». Ese era su lema y daba resultado.

Se formó un Gremio de Ladrones de Huevos. La raza humana garantizó, por un precio, traer a una familia un niño Ssassaror para reemplazar al que le había sido robado. O si se vivía en la playa o costa y algún anfibio se había deslizado en la habitación de la cuna llevándose al hijo de la familia —siempre, según las reglas, menor de dos años—, entonces los agremiados le traerían como compensación a una criatura anfibia, o al hijo de un intercambista humano educado por la gente marina.

Se le criaría y se le querría como si fuera propio. ¿Cómo podía evitar querérsele? La Piel que decía que era una cosa pequeña y desvalida y que te necesitaba y, que a pesar de su aspecto, era tan humano como cualquiera de los hijos naturales y propios. No era preciso que te preocupases por el que te habían raptado. Recibiría tan buenos cuidados como tú darías a este sustituto.

Jamás se le ocurrió a nadie abandonar el robo y cambiar voluntariamente a los niños. Quizás eso era porque forzaría incluso la naturaleza amante de los que llevaban Piel, al verse obligados a ceder parte de su propia carne y san-

gre. Pero una vez que la transferencia tenía lugar les era fácil adaptarse.

O, quizá, se mantenía la costumbre a causa de que la tradición es más fuerte que la ley, en una sociedad de monarquía campesina, y también porque el robo de huevos y niños daba a los ciudadanos más atrevidos una oportunidad de desahogarse de su tensión y comportamientos antisociales.

Los motivos de tal tradición sólo hubiera podido averiguarlos un historiador, pero no habían historiadores en El Bello País.

Tiempo atrás, mucho tiempo atrás, los Ssassaror habían descubierto que si vivían sin comer carne, resultaría más fácil dominar su beligerancia, obedeciendo a las Pieles y permaneciendo en plan cooperativo. Así pues, indujeron a los terrestres a declarar prohibido el comer carne. El único inconveniente a la dieta no carnívora fue que tanto Ssassaror como los hombres se hicieron de menor estatura, al mismo tiempo que perdían agresividad, de modo que la mayor parte de ellos apenas llegaban a la altura de la barbilla de los seres humanos normales. Estos, a su vez, hubieran parecido bajitos a un europeo occidental.

Pero Rastignac, un terrestre, y su buen amigo, Napfarity, el gigante Ssassaror, rompieron la prohibición cuando eran niños y jugaban juntos en la playa, en donde por primera vez comieron alimentos marinos por curiosidad; luego continuaron haciéndolo porque les gustaba. Y, a causa de su dieta rica en proteínas, el terrestre llegó a alcanzar más del metro ochenta de estatura y el Ssassaror pareció haber disparado un cohete dentro de su cuerpo que lo expandiera. Aquellos Ssassaror que compartían su culpa, que comían carne, eran condenados al ostracismo, y eventualmente obligados a vivir solos. Se les llamaba gigantes Ssassaror y constituían un objeto de, elección para los jóvenes normales Ssassaror y humanos del continente.

* * *

Sin embargo, si un forastero hubiese aterrizado poco antes del nacimiento de Rastignac, habría advertido que no todo era tan sereno como se suponía, entre las diferentes especies. El defecto existente en el antiguo Edén podía haberle turbado si no se conociera la previa historia de L'Bawpfey, y el hecho de que la situación no había cambiado para empeorar hasta la introducción del intercambio humano entre los anfibios.

Entonces fue cuando empezó la costumbre entre ellos de beber sangre, cuando los anfibios iniciaron su seducción a los humanos para convencerles de que bebiesen en su compañía, contándoles cuentos de fácil inmortalidad y también fue cuando iniciaron el sistema de dejar pequeños carnívoros salvajes en las cunas humanas.

Cuando los habitantes de la Tierra protestaron, los anfibios replicaron que esas cosas las realizaban proscritos o seres antinaturales y que el rey del mar no podía hacerse responsable de tal comportamiento. Se dio permiso para cadicear a aquellos que fueran sorprendidos en tal conducta.

No obstante, persistió el recelo de que el monarca anfibio había dado su aprobación extraoficial y que preparaba movimientos incluso más ultrajantes y disgustadores. A través de su control del populacho por la Piel Maestra podría hacer con sus mentes lo que se le antojara.

Eran las Pielas las que hacían posible la paz universal en el planeta de Nueva Gaul. Y seguía la costumbre de tales Pielas, la que posibilitaría el cambio de la paz al conflicto entre el populacho.

Aunque las Pielas artificiales se instalaban al nacer en todos los niños —y crecían con ellos, sujetas a su cuerpo, alimentándose de su torrente sanguíneo, del sistema ner-

vioso—, estas Pielas, controladas por una enorme Piel Maestra que flotaba en un recipiente con productos químicos en el palacio de los gobernantes alimentada, electrizada y cuidada día y noche por una brigada de los científicos más brillantes del planeta, daba a los reyes un control completo de las mentes y nociones de los habitantes de aquel mundo.

Originalmente, los gobernantes de Nueva Gaul habían deseado sólo que el populacho viviese en paz y disfrutase igualmente de las cosas buenas de su planeta. Pero el cambio que se produjo gradualmente —el creciente conflicto entre los reyes de las diferentes especies para controlar a toda la población— ya empezaba a sentirse de manera general. La intranquilidad, la desconfianza mutua aumentaba entre la gente. He aquí porque se legalizó la Clandestinidad, la Filosofía de la Violencia por decreto del gobierno y el esfuerzo por controlar la revuelta que se estaba gestando.

No obstante, los habitantes de la Tierra habían logrado ignorar el número creciente de actos malévolos.

Pero no todos se contentaban con mostrarse apagados. Un hombre se reveló. Era Rastignac.

Las Seis Estrellas eran la esperanza de Rastignac, los dioses a quienes rezaba. Cuando pasaban rápidamente perdiéndose de su espacio de visión, continuaba sus paseos, meditando por enésima vez en los medios de llegar a uno de estos navíos y utilizarlo para visitar las estrellas. El fin de sus fantasías era siempre una maldición a causa de la futilidad de tales esperanzas. ¡Estaba condenado! ¡La humanidad estaba condenada!

* * *

Y todo resultaba más enaltecedor, a causa de que el hombre no admitiría que estaba perdido. Es decir, acabado

como ser humano.

El hombre cambiaba en algo que no era del todo homo sapiens. Podía ser una evolución deseable, pero significaría el fin de su ascensión hacia lo alto. Eso es lo que opinaba Rastignac. Y él, siendo hombre como era, estaba decidido a hacer sigo para remediarlo, aun cuando esto entrañase la violencia.

Por eso se encontraba ahora en el calabozo. Era el abogado de la violencia contra el estado actual de cosas.



Había otra celda contigua a la suya. Se encontraba también al fondo de un pozo y quedaba separada de la de Rastignac por un fino tabique de cemento. El tabique tenía una ventana, de manera que los prisioneros pudiesen hablar uno con otro. Rastignac no se preocupaba por la mujer que ocupaba el calabozo vecino, pero ella se mostraba siempre deseosa de hablar.

«Intercambistas anfibios» era el nombre dado a aquellos seres humanos que habían sido relevados de sus cunas y criados entre anfibios no humanoides como hijos propios. La chica de la celda contigua, Lusine, pertenecía a esa clase. No era culpa suya que se hubiera convertido en un anfibio bebedor de sangre. Sin embargo, no podía evitar, Rastignac, cierta simpatía por lo que la mujer había hecho y por el estado de cosas que representaba.

Estaba encarcelada porque se la pilló en el acto de robar al hijo de un hombre de su cuna. Esto no era crimen legal, pero había dejado en la camita, bajo las sábanas, a un monstruo pequeño, salvaje y sanguinario, que saltó y clavó sus colmillos en la garganta de la confiada madre de la criatura.

La celda de Lusine quedaba iluminada por una jaula llena de luciérnagas. Rastignac, atisbando a través de la reja, podía ver su figura imprecisa en la celda interna excavada dentro de la pared. Ella se levantó con languidez y entró en

el círculo de débil luz anaranjada proyectada por los insectos.

—*B'zhu, miweh* —le saludó.

A Rastignac le molestó que Lusine le llamase hermano, y aún se molestó más al darse cuenta de que ella se percataba de su irritación. Era verdad que tenía, en cierto modo, motivos para dirigírsele de esta manera. Los dos se parecían. Al igual que Rastignac, la joven poseía una abundante cabellera de un negro azulado, cejas gruesas en forma de paréntesis, ojos castaños, nariz recta y barbilla saliente. Y allá donde la construcción de Rastignac era soberbiamente masculina, la de Lusine resultaba magníficamente femenina.

No obstante, esto no le daba derecho a hablarle. Ella conocía la antipatía que los que caminaban por la tierra sentían hacia los intercambistas anfibios y encontró un encanto perverso en provocarle.

Rastignac se enorgullecía de que raras veces dejaba entrever a la muchacha su irritación.

—*B'zhu, fam tey zafeep* —dijo—. Buenas noches, mujer de los anfibios.

Burlona, ella contestó:

—¿Has estado contemplando las Seis Estrellas Volantes, Jean-Jacques?

—Sí. Lo hago cada vez que pasan por encima.

—Y, ¿por qué padece tanto tu corazón, ya que no puedes volar hasta ellas y viajar por las estrellas tripulando una de esas naves?

Rastignac se negó a satisfacer la curiosidad femenina contándole sus verdaderos motivos. No quería que ella supiera lo poco que apreciaba a la humanidad y lo escasas que consideraba sus posibilidades de supervivir, como tal humanidad, en la superficie de este planeta, L'Bawpfey.

—Las miro porque me recuerdan que el hombre fue una vez dueño de su alma.